



Situación de mujeres indígenas y rurales en defensa de la tierra y el territorio en Guatemala ante la pandemia del COVID19

Estamos enfrentando una crisis que devela la crisis sistémica que se origina en la desigualdad. En Guatemala, la pandemia impacta de forma distinta a las diversas poblaciones, particularmente de manera diferenciada a mujeres indígenas y rurales que luchan por la vida defendiendo sus tierras y sus territorios, acentuando las desigualdades ya existentes, la exclusión, racismo y marginación, y aumentando los impactos que ya viven por el despojo de sus territorios, los desplazamientos forzosos, los efectos por las industrias extractivas y por el cambio climático. La disminución de su capacidad económica para generar ingresos en esta coyuntura afecta directamente su calidad de vida, mostrándose la crudeza de los problemas estructurales.

AMBITO POLÍTICO:

Algunos de los movimientos y organizaciones han suspendido total o parcialmente sus actividades organizativas o de movilización; se ha limitado el acompañamiento a casos de presos políticos como el de Abelino Caal Xol y se han reestructurado las estrategias de resistencia para evitar que las industrias extractivas sigan trabajando ilegalmente. Como un común denominador, la crisis está aumentando la vulnerabilidad y el riesgo de las defensoras en los territorios; algunas de las empresas extractivas y sus aparatos no han parado y más bien se aprovechan de la pandemia para continuar sus actividades y ejercer control de la población en colusión con otros poderes. Esta coyuntura favorece las alianzas de alcaldes corruptos, fuerzas de seguridad, grupos al margen de la ley y empresas extractivas. Las defensoras y sus organizaciones no pueden movilizarse de la forma en que lo venían haciendo ni en condiciones de seguridad sanitaria. Algunas de las empresas si tienen permisos para transporte y movilidad, situación que pone en alerta a las defensoras, autoridades comunitarias, organizaciones. La cuarentena contribuye a fortalecer la vigilancia represiva hacia las mujeres y las resistencias en los lugares en donde están organizadas. El autoritarismo se potencia fortalecido por el temor y la incertidumbre ante la pandemia y el acceso limitado a información fidedigna, en tanto las autoridades aprovechan para tomar medidas que afectan a las comunidades, aprovechándose de que la gente no se puede reunir, no puede realizar sus asambleas o dar seguimiento a casos de personas criminalizadas o presos políticos. En algunos lugares, el personal de salud llega con actitud impositiva o violenta, generando malestar y desconfianza y el ejército ha llegado con prepotencia e intimidando al hacerse presente en las comunidades más alejadas; ya hay denuncias de agresiones sexuales hacia mujeres jóvenes. El clima de represión está aumentando especialmente en comunidades que han sido señaladas como zonas de conflictividad debido a su lucha por la defensa de sus territorios.

La poca transparencia del manejo de apoyos de emergencia por parte de algunas municipalidades y COCODES (Consejos Comunitarios de Desarrollo) están generando en





algunos municipios conflictos entre las personas y comunidades, y existe el temor de que esto provoque violencias y conflictos al interior de los pueblos.

En algunas comunidades se ha visto un aumento en la violencia de género de la cual son víctimas tanto mujeres como niñas como consecuencia del confinamiento, de la falta de acceso a las redes de apoyo en el ámbito personal y organizacional, de no contar con mecanismos de denuncia en sus idiomas originarios, de la limitación en la comunicación telefónica y por internet. Algunas defensoras son atacadas física o verbalmente por su labor de acompañamiento a otras cuando acuden a algún llamado de apoyo por el temor de algunas personas al contagio.

Como medida comunitaria se han fortalecido sus estructuras organizativas propias así como protocolos propios de prevención, mediante el limitado acceso a su comunidad o el cierre de la misma por parte de la población, como único mecanismo de protección ante la ausencia de servicios de salud.

El racismo histórico y la discriminación se ponen de manifiesto en esta pandemia, siendo las mujeres y comunidades indígenas, rurales y campesinas las que están más excluidas de derechos en el contexto, entre ellos el de asistencia y servicios de salud. Muchos de los trabajos de los llamados servicios esenciales son cubiertos por mujeres en situación de precariedad, entre ellas indígenas, rurales, empobrecidas, quienes son las que quedan más relegadas de la atención y acceso a los servicios de salud y que en la mayoría de casos no cuentan con derechos laborales básicos ni tienen amparo legal, teniendo que salir a trabajar en condiciones peligrosas por temor a ser despedidas. Otro ámbito de trabajo común bajo el sistema de opresión racial es el de trabajadoras de casa en las áreas urbanas, que han quedado atrapadas con sus empleadores por la cuarentena, cumpliendo largas jornadas de atención a familias numerosas.

SALUD DE LAS MUJERES:

Las mujeres indígenas y rurales defensoras de la tierra y el territorio han desarrollado otras enfermedades como consecuencia de la crisis, sobre todo de carácter nervioso. Varias señalan un grado de preocupación, miedo y ansiedad. Las lideresas relacionan las enfermedades que están padeciendo con la preocupación por su situación actual, ya que no hay certeza de la continuidad del trabajo; con enfermedades de familiares que no han sido atendidos en el hospital nacional y que no tienen recursos para asistir a un hospital privado, y con el hecho de que como efecto de la pandemia hay sobrepoblación en la vivienda, lo que le impide contar con espacio para desarrollar sus actividades personales. Otro problema recurrente, de carácter estructural, es el poco acceso al agua, que ha disminuido considerablemente en esta emergencia.

Hay mucho temor en las comunidades al contagio; el estigma y los estereotipos negativos hacia las familias en cuarentena son fuertes y ha generado en algunos casos hechos violentos. La discriminación puede afectar tanto a las personas enfermas como a quienes les cuidan, la familia o vecinos. El hecho de ser una enfermedad nueva, la desinformación que hay en español pero también en los idiomas mayas y el miedo a lo desconocido causan





efectos y reacciones que van desde el aislamiento total, el aislamiento de las defensoras y sus familias sintiéndose inseguras en su propia casa, hasta el no acudir a servicios de salud por temor a ser violentadas. Existe el peligro de la deshumanización de las personas afectadas así como el debilitamiento de la organización comunitaria provocada por la incertidumbre ante la sobrevivencia.

Quienes viven en áreas fronterizas o tienen familiares que salen todos los días a trabajar se sienten más vulnerables, y para ellas el acceso a los servicios de salud es muy limitado. Muy pocas cuentan con acceso a servicios de salud pública; en la mayoría de comunidades solo hay centros de salud que no están equipados ni cuentan con personal calificado para atender emergencias o enfermedades graves, y tampoco están en condiciones de atender casos de coronavirus. De la misma manera, los hospitales nacionales en estos momentos no atienden otras enfermedades que no sean relacionadas a la pandemia y los servicios privados de salud son de un costo tan alto que son totalmente inaccesibles. Los puestos de salud han cerrado para concentrar al personal en los hospitales urbanos, limitando con ello su acceso a métodos anticonceptivos o el seguimiento a sus métodos de planificación familiar.

La salud mental y emocional está siendo muy afectada, potenciándose emociones como miedo, preocupación, tristeza, temor, desesperación e incluso, pánico; situación que muchas ya vivían al ser ellas y sus comunidades reprimidas, criminalizadas, hostigadas al defender sus territorios de las empresas extractivas. En algunos territorios la comunidad está reviviendo traumas del conflicto armado interno por la militarización, el toque de queda, la restricción de garantías constitucionales, despertando temores de pasado.

Las formas en que se mitigan estas emociones son diversas: la comunicación y los diálogos en familia, el reforzar su relación espiritual en la religión o práctica de la espiritualidad maya, el apoyo de la organización de la que son parte, realizando actividades recreativas o juegos en casa para liberar el estrés, haciendo tratamientos con medicina natural. Sanadoras, hierberas, comadronas, están haciendo frente con sus conocimientos y saberes pero no es suficiente dadas las características de esta situación de emergencia y el abandono en que el Estado ha tenido históricamente a las poblaciones más vulnerables.

ECONOMÍA:

Las mujeres y niñas indígenas y rurales son las más afectadas históricamente por la falta de acceso a servicios y su situación se agrava con el impacto socioeconómico por la emergencia sanitaria. Las mujeres indígenas y rurales viven de lo que producen o de sus pequeños negocios y la preocupación más grande es que no pueden salir a vender sus productos y, por lo mismo, no cuentan con recursos para la compra de alimentos o productos básicos para sustentar sus necesidades. Está siendo común que los esposos o la persona que lleva el dinero al hogar hayan quedado desempleadas o les han disminuido el sueldo. Para quienes su espacio laboral implica movilidad de una comunidad a otra, no les han dejado entrar o no han podido llegar al no tener transporte. La crisis está afectando directamente su situación laboral, y por lo tanto sus ingresos y en todas partes se enfrenta la incertidumbre por la continuidad de los contratos de trabajo (cuando los hay) y porque las actividades comerciales de intercambio, están suspendidas. Solo las mujeres que





trabajan la tierra manifiestan que podrán vivir al menos con la tortilla pero también que si tuvieran una emergencia de cualquier tipo no lo podrían resolver porque no cuentan con el dinero para solventar esos gastos. Quienes viven de la pesca están preocupadas de no poder trabajar pues generalmente este trabajo lo hacen en la noche, y el toque de queda está impidiendo que puedan salir a realizar esta tarea, que además es sustento para la familia.

Quienes generaban sus recursos a partir de las remesas que les mandaban sus familiares migrantes están buscando otras estrategias pues en estos momentos no están recibiendo ingresos, ya que sus familiares migrantes no cuentan con seguro social y en estos momentos muchos están desempleados, lo que duplica la preocupación en las mujeres. Muchas mujeres mayores son las encargadas de cuidar a sus nietos hijos e hijas de migrantes; su carga de trabajo aumentó, así como la precariedad.

En los territorios donde el turismo en general y comunitario ofrece un sustento a prestadoras de servicios, por ejemplo en hoteles, artesanas, tejedoras, traductoras o administradoras de pequeños negocios locales, las mujeres y sus familias se encuentran sin su fuente de trabajo y se prevé una crisis económica en este sector aún más fuerte después del Covid 19.

La especulación en las comunidades más rurales por el hecho de que las tiendas están cada vez más desabastecidas, y la poca transparencia con las que se están manejando los apoyos desde las municipalidades han provocado que aumente el costo de la canasta básica y son todos factores que provocan el temor de que en algún momento hayan conflictos entre las comunidades.

Esta crisis para las mujeres es mucho más fuerte porque se les recargan los cuidados de personas mayores, niñez y personas con capacidades neurodiversas debido al cierre de centros educativos y centros asistenciales, así como la contención emocional de toda la familia ante las crisis emocionales que devienen de la pandemia.

EL AGUA

Las mujeres, y también las niñas, son las encargadas de buscar el líquido vital en los lugares donde no cuentan con éste en sus casas, y se ven limitadas y afectadas de distintas maneras en un trabajo que ya implicaba una ardua tarea antes de la pandemia. El toque de queda cae justo en la hora en la que habitualmente salían a abastecerse, que es precisamente en la tarde y cuando ha bajado el sol, pero han cambiado sus horarios y están teniendo que acarrearla cuando el sol es más fuerte, causándoles más cansancio, mayor tiempo invertido en la tarea y afecciones de la piel. Siendo una de las principales formas para contrarrestar el virus la higiene y el lavado constante de las manos, hay mucha preocupación porque muchas comunidades no tienen acceso permanente al agua y algunas tienen nulo acceso. El agua ha disminuido, por un lado, por la época de verano en la que estamos; en otros casos la están distribuyendo de manera racionada, mientras que las que la obtienen de los ríos o nacimientos que hay en la comunidad se han encontrado con que sus ríos han sido desviados por las extractivas para regar monocultivos; se han secado sus nacimientos o el agua está contaminada por las empresas extractivas y aun así





es la que tienen que usar. Algunos pueblos han tenido que comprar agua a otras comunidades. Esta situación es mucho más complicada porque no se puede dar una respuesta inmediata, considerando la participación de la toma de decisiones multinivel, pues en la actualidad, quienes deciden sobre los sistemas de agua en las comunidades rurales son en su mayoría, hombres.

MEDIDAS QUE ESTAN TOMANDO MUJERES INDIGENAS Y RURALES FRENTE A LA CRISIS Y ESTRATEGIAS DE PREVENCIÓN Y PROTECCIÓN COMUNITARIA:

Dentro de esta crisis es importante reflejar las estrategias que están implementando las mujeres indígenas y campesinas para enfrentar la ausencia o debilidad del Estado en las comunidades rurales para dar respuesta a esta crisis. Pequeñas productoras han sostenido la producción de alimentos; continúan operando redes agroecológicas, hay comunidades que mantienen vivos los mercados que son mercados campesinos donde logran vender granos básicos, frutas, verduras y productos procesados artesanales, así como el intercambio de animales. En muchos casos en las comunidades también se observa la solidaridad entre familias en precariedad, la comunidad de migrantes que desde hace años envían sus remesas y que ahora garantizan la vida de aldeas enteras apoyándolas con alimentos. Observamos comunidades indígenas campesinas cuidando territorios, luchando por su autonomía, educación y salud en estas épocas de crisis; a organizaciones demandando y denunciando casos de corrupción y de despojo, construyendo alianzas para asegurar el abastecimiento y haciendo visible el hecho de que la economía es una economía que se sostiene desde el trabajo de las mujeres y los pueblos. Los bonos y programas de ayuda del gobierno no llega o llega a muy pocos lugares, pero las mujeres y sus movimientos implementan bolsas de alimentos y productos de limpieza, botiquines médicos, para lo que hacen gestión o se valen de recursos propios. Se realizan reuniones de pequeños grupos para dar seguimiento a sus resistencias y estrategias. Desde la comunicación diversas organizaciones están elaborando distintos materiales auditivos y visuales en idiomas originarios, programas de radio, charlas informativas, material escrito, espacios de denuncia. La espiritualidad y el acompañamiento emocional de las guías que cumplen una función de autoridades comunitarias pero también de contención y servicio terapéutico desde la visión de los pueblos son muy importantes para comunidades y mujeres indígenas. Hacer notar que los pueblos y movimientos con experiencias organizativas de larga data y durante el conflicto armado interno tienen otros recursos de protección colectiva y cuidado comunitario que proviene de la experiencia vivida en esa época.

Es importante posicionar otras narrativas que no sólo reflejen la profundización de la crisis estructural de nuestros países que impactan en las mujeres indígenas y rurales de una manera particular. Las mujeres indígenas y rurales no solo están pidiendo ayuda en esta crisis, también están ofreciendo al mundo sus conocimientos y saberes científicos, técnicos, ancestrales y organizativos para la prevención y mitigación del Covid-19.

